

tra, *Taine* que consagró su Filosofía del Arte a destacar —junto a la disposición personal y al estilo, y junto al aire de Escuela— el influjo del ambiente en la elaboración artística. A él no se le escapa que la época de nuestros grandes pintores (*Alonso Cano, Morales, Zurbarán Herrera, Velázquez, Murillo; el Greco y Ribera* incluso) es también la época de nuestros grandes poetas—*Cervantes y Lope, Calderón, Tirso y Fray Luis de León*— a remolque de nuestra grandeza histórica. Él denuncia también que los rostros nobles y las nobles actitudes de los hombres que pintaron los maestros del Renacimiento— que juntó en una época a *Leonardo, Rafael y Miguel Ángel; a Ticiano, el Veronés y el Tintoretto*— huyendo a un tiempo de la fidelidad del retrato y de situar en él complicaciones psicológicas o pasionales, son expresión justa de un tiempo y un ambiente en que «las imágenes no se hallan todavía mutiladas por las ideas»; en que sobre la austeridad griega que recrea el gusto por la forma humana en aquellas Repúblicas donde unas piernas ágiles o un torso musculoso pueden salvar la vida de un hombre siempre en compromiso, y una mano diestra en el manejo de la daga atravesar, en la riña, un corazón, se alza, gozosa, la tendencia a una vida disipada y alegre, ostentosa, placentera, de insólito sabor a paganía; una época de transición entre los instintos y las ideas, en que el hombre empieza a dejar de ser bárbaro y anuncia su propósito de refinamiento, y un lugar— Venecia, por ejemplo— donde la luz— que vivifica las telas y los cuerpos de *Ticiano*, y llena de aire alado las perspectivas del *Veronés*— brilla tanto que el pintor tiene que empañar los tonos cálidos para que no destumbren. Y frente a eso, los tonos calientes de

